
¿Quién es Antígona González y qué vamos a hacer con todas las demás Antígonas?

Antígona González busca a su hermano Tadeo, desaparecido en Tamaulipas, México. Encarna a la Antígona de Sófocles, la figura de la desobediencia ante la injusticia de un Estado tirano, que desafió al rey Creonte y su prohibición de enterrar a los llamados traidores. Lo hace desde México, como heredera de una historia de explotación regional, en un continente arrasado por el extractivismo, donde el poder dirige la violencia a nuestros cuerpos como forma de garantizar su eficacia y el miedo organiza la obediencia; donde, contra la fragmentación e individualización, los pueblos vienen luchando hace varios siglos por su libertad, esa palabra que tantas ganas tienen de sacarnos.

En la tragedia griega, Antígona desafía al soberano para enterrar a su hermano y hacer un duelo. En México, Antígona González no puede hacerlo: su hermano está desaparecido. Uribe retoma la reinterpretación latinoamericana, donde Polinices, el hermano desterrado, se identifica con los desaparecidos. La desaparición: una ausencia que perfora el presente, que persiste cada día como un reclamo irresuelto, como una herida que no sana porque no tiene remanso. El poder ya no es soberano, opera sin trono, pero igual genera terror, y el miedo inmoviliza.

¿Cómo situar la historia de Antígona, de las Antígonas, en una genealogía regional de las mujeres que buscan? No es la primera vez que mujeres desafían al poder. Es Antígona como nombre plural, porque son muchas las mujeres que buscan a sus desaparecidos y se organizan para encontrarlos. Es todas las demás González, en una región atravesada por dictaduras, por la desaparición de personas como práctica aleccionadora, cuyo proyecto sigue organizando hasta hoy. En la Argentina, esas Antígonas tomaron la forma de Madres y Abuelas de Plaza de

Mayo, que se plantaron ante la impunidad y la violencia, y desafiaron el miedo, cuando el poder desaparecedor buscaba desarticular los lazos comunitarios

Durante la última dictadura en la Argentina, el objetivo de instalar un modelo económico neoliberal no iba a ser sencillo en una sociedad organizada, con historia de lucha y reivindicación de derechos. Siguiendo a Daniel Feierstein, la desaparición forzada no fue el fin sino el medio de las prácticas sociales genocidas. Fue la forma más extrema del terror, con la que el gobierno de facto buscó disciplinar a los trabajadores, desarticulando la organización colectiva, en pos de una sociedad más individualista, insensible a los problemas de los demás, dispuesta a aceptar un Estado cada vez más autoritario. En este contexto, el terror generalizado sostuvo la implementación del aparato represivo.

Achille Mbembé define como necropolítica al modo en que se despliega un gobierno sobre la vida y la muerte, a través del terror y la desarticulación de las subjetividades: los desaparecidos de la dictadura, los femicidios, las muertes en el contexto del crimen organizado. El aparato necropolítico funciona, primero, desde el nivel del discurso: ciertas vidas no son consideradas vidas, no pueden ser humanizadas. Luego brota la violencia física, que materializa esa deshumanización que ya está funcionando en la cultura. Entonces, se justifica la militarización, la violencia contra ese “enemigo común”. A pesar de que podemos identificar objetivos específicos, el mensaje de fondo se repite: puede pasarle a cualquiera.

Judith Butler habla de “vidas precarias” para pensar cómo en el neoliberalismo hay vidas que parecen ser más valiosas que otras: vidas que merecen vivir, muertes que merecen ser lloradas, y otras que no. ¿Cómo es posible reivindicar estas vidas, si el discurso oficial intenta demostrar que las cosas malas le suceden a quien se las merece, a quienes *en algo* están metidos? ¿Quiénes son “nuestros” muertos?

En ese panorama, se pierde la cohesión de la vulnerabilidad compartida y se vuelve más difícil involucrarse, exponerse y animarse a luchar en contra de las mismas imposiciones del modelo. Pero las Antígonas desobedientes quiebran el miedo. No es casual que las mujeres que buscan sean históricamente quienes cuidan. Su acción sale desde el lugar del cuidado, pero muta hacia el cuidado de todxs lxs desaparecidxs, reconectando esas vidas precarias,

resubjetivándolas y disputando el sentido de lo social. Su organización politiza el cuidado. Mientras lxs desaparecidxs no tienen rostro, se les otorga el rostro del mal; con su búsqueda, inicia también la búsqueda de sus identidades perdidas y se rompe esa polarización devolviéndoles humanidad: son hijxs, hermanxs, amigxs, compañerxs. Dejan de ser espectros para convertirse en vidas precarias, interdependientes, y así vuelven a ser parte de un nosotrxs.

No quería ser una Antígona / pero me tocó

El duelo es una práctica social primordial. Cumple la función de revelar que no somos individuos autosuficientes, sino seres constituidos por lazos con otros. La figura del desaparecido no permite el duelo. Es una ausencia que deja huellas que irrumpen en nuestro presente, que no se calma, no se calla. Antígona González busca a partir del vacío que produce la desaparición y la dificultad de volverlo narrable. Faltan los cuerpos, falta información sobre dónde están, hay incertidumbre y confusión. Una narración lineal, ordenada, no es posible. Las mujeres, en su búsqueda, reconstruyen desde la ausencia al llevar a la esfera pública algo que no es admisible.

La politización del duelo como un tema que trasciende el vínculo familiar instó a la sociedad argentina a comprender que la herida nos afecta a todos y por lo tanto la lucha por los desaparecidos y el reclamo por memoria, verdad y justicia es colectiva. En México, el neoliberalismo no se implantó a través de un régimen dictatorial, sino de manera molecular, dispersa. En este sentido, la lucha de las mujeres que buscan, así como las formas de resistir al desmantelamiento de lo social, también son más fragmentarias y locales en ese territorio. Algo de lo que se ve en esa experiencia nos permite pensar que, aunque sea una parte importante, la búsqueda de justicia no tiene que ver sólo con señalar los nombres propios de los represores, sino con disputar un modelo que sigue actuando sobre cómo nos vinculamos.

Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo encarnan el gesto de Antígona, pero agregan algo valioso: no están solas. Construyen un sujeto colectivo donde la fuerza radica precisamente en el lazo, en el cuidado mutuo. Cada una es Antígona, pero juntas son una articulación que sostiene, que cuida, que resiste colectivamente. A lo largo del tiempo, se convirtieron en referencia para otros grupos de mujeres que buscan en toda la región. El ejercicio de buscar,

de preguntar, de recorrer la propia historia para ver qué tanto lo que nos afecta, los afectos, organizan lo colectivo, capaces de generar comunidad en medio de tanta injusticia.

Nombrar a todos para decir: este cuerpo podría ser el mío

¿Cómo escribir cuando las prácticas sociales genocidas transformaron las formas colectivas de sociabilidad en América Latina? ¿De qué manera encarnar esas voces des subjetivadas? Cristina Rivera Garza, a quien Uribe cita en el epígrafe y agradece especialmente en los créditos, llama “necroescrituras” a las prácticas escriturales que emergen como resistencia a la necropolítica. Contra la desubjetivación y desarticulación de los lazos sociales, las necroescrituras proponen una práctica de comunalidad. Parten de comprender que el lenguaje, los cuerpos y los relatos ya están atravesados por esa violencia estructural, pero no buscan restaurar una voz plena ni una autoría soberana, sino una desapropiación. Pueden pensarse como “cadáveres textuales”: materiales atravesados por las máquinas de guerra necropolíticas, pero capaces de ser reactivados colectivamente.

Existen cientos de narrativas que elaboran la violencia y el terror de la última dictadura Argentina de forma lineal, ancladas a un tiempo cristalizado. Podríamos decir que la dictadura terminó, que ese Nunca Más refiere a lo que pasó concretamente en un período. Las necroescrituras, en cambio, permiten poner en diálogo esas historias. Antígona González es una puesta en práctica de esto mismo, porque pone en diálogo textos de distintos tiempos y latitudes, que se resignifican, tensionan y vuelven al lector activo frente al texto, pero también frente a la injusticia. Su narrativa reactiva esas voces y nos invita a ser reconstruir esa historia. Allí interactúan las múltiples Antígonas del texto escrito, pero también Sara Uribe y los múltiples lectores que al encontrarse con la pieza exploran esa desapropiación.

Al mismo tiempo permite la trascendencia en el tiempo y más allá de la identificación personal. Isabel Cadenas Cañón retoma a Andreas Huyssen para pensar cómo el arte permite “conjurar el dolor en testigos secundarios”, es decir, conmover más allá de la experiencia directa, trascender las cifras y datos, porque no alcanzan para movilizar profundamente y por lo tanto hacer parte a una comunidad más amplia. Cadenas Cañón propone que todo acto de memoria se funda sobre una paradoja: se refiere al pasado por medio de huellas. El montaje permite interrumpir la linealidad del relato y trabajar con las huellas de esas ausencias que irrumpen, trastocan el presente y lo comunican con otros tiempos, para impedir que tanto el pasado como el presente queden clausurados, para poder motorizar otras cosas.

En Antígona González se teje la genealogía de la explotación y la desobediencia ante la injusticia en distintos tiempos y tierras de nuestra región. Podemos aprender de esa genealogía poniéndola en diálogo. Tenemos las formas de hacerlo al involucrarnos como lectores activos, para también encarnar esa búsqueda, reconocernos en esos rostros, plantarnos ante el individualismo y el miedo, en común, encadenando nuestras vidas precarias, cuidándonos.

Luciana Kirjner